

no salgas de casa

Marlowe



Capítulo 1

Me acostumbré a contemplar por la ventana, con una ansia que se había agigantado con el paso de los años, la calle solitaria y sin embargo llena de susurros y lamentos de fuera. *No salgas de casa, me recordaban mis padres cada día. Su tono era muy extraño de definir: oscilaba entre el mandato imperativo y, por extraño que pueda parecer, la súplica. Tal vez esto último porque les llenaba de infinita tristeza ver mi ansiedad por salir y no poder hacerlo por causa de ellos.*

Pero... ¿por qué no podía salir? Me hice esta pregunta cuando advertí lo extraño de todo esto, es decir, cuando quise salir y me vi obstaculizado por las órdenes de mis padres. "¡No puedes!", me dijo mi madre con un ímpetu que me hizo asustar. "¿No ves que es peligroso allá afuera?"

¿Qué de peligroso había en salir? Yo veía una calle desierta en la que hacía falta poblarla y disfrutar de sus bondades. Había pájaros que se posaban en las ramas de los árboles a última hora de la tarde y se ponían a cantar; perros andrajosos que recorrían las calles enteras en un silencio compartido, apenas interrumpido por un ladrido ocasional, buscando alimento; ardillas que se escabullían por los árboles; y ratas que de vez en cuando salían de las alcantarillas a examinar un rato el mundo exterior. Y era comprensible todo esto, pues hacía falta presencia humana. Su ausencia había hecho que los perros se multiplicasen; que las ratas se volvieran más audaces; que los pájaros cantaran más para llenar el vacío del mundo.

Así que sabiendo esto no podía entender por qué no podía salir nadie de la casa si era tan necesario nuestra presencia para poner el mundo en orden. Pero antes de que nadie me lo dijera, supe la respuesta, o al menos entendí un poco la gravedad del problema, cuando vi, a través de la ventana, como siempre acostumbro cada día, a una persona que caminaba como un desvalido aquel día en que llegaron los susurros y los lamentos.

-¡Es un infectado!-dijo de pronto mi padre- Rápido, corran las cortinas y no hagan ruido.

Mi madre y yo le obedecimos sin chistar. Luego, le seguimos con pies en puntillas hacia al fondo del pasadizo donde había una puerta que al entrar por ella se descendía por unas escaleras hacia el sótano donde estaríamos más seguros. Allí nos encerramos y madre comenzó a rezar con las palmas de las manos juntas a la altura de su nariz. Mi padre la rodeó con los brazos y le dio un afectuoso beso en la mejilla para aplacar sus miedos. Susurró: "Todo va a salir bien".

La estancia era sombría y húmeda. De las paredes emanaba un fuerte hedor y el aire que se respiraba era caliente. Por una claraboya que apenas daba ingreso a un débil rayo de luz podía ver un pedazo de cielo gris. Mamá dejó de rezar, y fue vencida por el sueño con la cabeza apoyada en el regazo de mi padre. Él también quedó pronto dormido y la estancia se llenó de sus respiraciones sibilantes.

Fue entonces cuando se me ocurrió la temeraria idea de explorar el mundo de afuera, a pesar de las advertencias de mis padres. Tan harto estaba de escuchar cada día sus exhortaciones de no salir a la calle, que viéndome en esta situación provechosa como única, no dudé en salir despacio de la estancia y ver satisfechos mis deseos de explorar con todos mis sentidos aquel mundo que había sido hasta entonces privado para mí.

Salí con mucha premura y con el mayor silencio. Cada peldaño que subía fue recibido por mi corazón con un brinco de júbilo, y al cruzar el pasadizo y enfrentarme a la tan ansiada puerta, escuché que nuevamente se escuchaban los susurros y lamentaciones por parte de esa persona que había visto por la ventana.

A pesar del apremiante deseo de salir, sentí que una extraña sensación de inquietud y pavor se apoderaba de mí en cuanto abrí la puerta, recibiendo la luz mortecina del día en la cara y una refrescante brisa que nunca había sentido, y que sin embargo dábame la impresión de que se filtraba por mis poros una sustancia desconocida, letal.